

Corpus Christi (A)¹

- **DEL MISAL MENSUAL** (www.laverdadcatolica.org)
 - **BIBLIA DE NAVARRA** (www.bibliadenavarra.blogspot.com)
 - **SAN JUAN CRISÓSTOMO** (www.homiletica.com.ar)
 - **FRANCISCO – Catequesis sobre la Eucaristía**
 - **RANIERO CANTALAMESSA** (www.cantalamessa.org)
 - **PALABRA Y VIDA** (www.palabrayvida.com.ar)
 - **BIBLIOTECA ALMUDÍ** (www.almudi.org)
- Homilía con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II**
Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva
Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica
- **HABLAR CON DIOS** (www.hablarcondios.org)
 - **FLUVIUM** (www.fluvium.org)
 - **Mons. Agustí CORTÉS i Soriano Obispo de Sant Feliu de Llobregat (Barcelona, España)** (www.evangelinet.net)

DEL MISAL MENSUAL (www.laverdadcatolica.org)

UN SOLO PAN, UN SOLO CUERPO

Dt 8, 2-3. 14-16; 1 Co 10, 16-17; Jn 6, 51-58

La Eucaristía es una experiencia sacramental que constituye y realiza a la comunidad cristiana. Somos convocados por la Palabra de Dios y alimentados por el Cuerpo y la Sangre de Cristo para que podamos conformar nuestras opciones con aquellas que nos plantea la palabra que salva. Tal como lo señala el libro del Deuteronomio, no solamente conviene alimentar nuestro cuerpo, precisamos también y con la misma urgencia del pan de la Palabra que Dios nos regala. Quienes participamos de la Eucaristía no somos receptores pasivos, sino que participamos activamente de los vínculos que consolidan el Cuerpo del Mesías. Una comunidad verdaderamente eucarística, vive en espíritu y vida, construyendo relaciones de servicio, entrega y solidaridad que se prolongan en el diario vivir.

ANTÍFONA DE ENTRADA (Cfr. Sal 80, 17)

¹ Esta Solemnidad se remonta al siglo XIII. Primero fue establecida para la diócesis de Lieja, y el Papa Urbano IV la instituyó en 1264 para toda la Iglesia. El sentido de esta fiesta es la consideración y el culto a la presencia real de Cristo en la Eucaristía. El centro de la fiesta había de ser, según describía ya el Papa Urbano IV, un culto popular reflejado en himnos y alegría. Santo Tomás de Aquino, a petición del Papa, compuso para el día de hoy dos oficios en 1264, que han alimentado la piedad de muchos cristianos a lo largo de los siglos. La procesión de la Custodia por las calles engalanadas de muchos lugares testimonia la fe y el amor del pueblo cristiano hacia Cristo que vuelve a pasar por nuestras ciudades y pueblos. La procesión nació a la par que la fiesta.

Alimentó a su pueblo con lo mejor del trigo y lo sació con miel sacada de la roca.

Se dice Gloria.

ORACIÓN COLECTA

Señor nuestro Jesucristo, que en este admirable sacramento nos dejaste el memorial de tu pasión, concédenos venerar de tal modo los sagrados misterios de tu Cuerpo y de tu Sangre, que experimentemos continuamente en nosotros el fruto de tu redención. Tú que vives y reinas con el Padre en la unidad del Espíritu Santo y eres Dios por los siglos de los siglos.

LITURGIA DE LA PALABRA

PRIMERA LECTURA

Te di un alimento que ni tú ni tus padres conocían.

Del libro del Deuteronomio: 8, 2-3. 14-16

En aquel tiempo, habló Moisés al pueblo y le dijo: “Recuerda el camino que el Señor, tu Dios, te ha hecho recorrer estos cuarenta años por el desierto, para afligirte, para ponerte a prueba y conocer si ibas a guardar sus mandamientos o no. Él te afligió, haciéndote pasar hambre, y después te alimentó con el maná, que ni tú ni tus padres conocían, para enseñarte que no sólo de pan vive el hombre, sino también de toda palabra que sale de la boca de Dios. No sea que te olvides del Señor, tu Dios, que te sacó de Egipto y de la esclavitud; que te hizo recorrer aquel desierto inmenso y terrible, lleno de serpientes y alacranes; que en una tierra árida hizo brotar para ti agua de la roca más dura, y que te alimentó en el desierto con un maná que no conocían tus padres”. **Palabra de Dios. Te alabamos, Señor.**

SALMO RESPONSORIAL

Del salmo 147 R/. Bendito sea el Señor.

Glorifica al Señor, Jerusalén, a Dios ríndele honores, Israel. Él refuerza el cerrojo de tus puertas y bendice a tus hijos en tu casa. **R/.**

Él mantiene la paz en tus fronteras, con su trigo mejor sacia tu hambre. Él envía a la tierra su mensaje y su palabra corre velozmente. **R/.**

Le muestra a Jacob sus pensamientos, sus normas y designios a Israel. No ha hecho nada igual con ningún pueblo ni le ha confiado a otro sus proyectos. **R/.**

SEGUNDA LECTURA

El pan es uno y los que comemos de ese pan formamos un solo cuerpo.

De la primera carta del apóstol san Pablo a los corintios: 10, 16-17

Hermanos: El cáliz de la bendición con el que damos gracias, ¿no nos une a Cristo por medio de su sangre? Y el pan que partimos, ¿no nos une a Cristo por medio de su cuerpo? El pan es uno, y así nosotros, aunque somos muchos, formamos un solo cuerpo, porque todos comemos del mismo pan. **Palabra de Dios. Te alabamos, Señor.**

SECUENCIA

(Puede omitirse o puede recitarse en forma abreviada, comenzando por la estrofa: “El pan que del cielo baja”).

Corpus Christi (A)

Al Salvador alabemos,
que es nuestro pastor y guía.
Alabémoslo con himnos
y canciones de alegría.

Esto nuevo, siempre nuevo,
es la luz de la verdad.
que sustituye a lo viejo
con reciente claridad.

Alabémoslo sin límites
y con nuestras fuerzas todas;
pues tan grande es el Señor,
que nuestra alabanza es poca.

Gustosos hoy aclamamos
a Cristo, que es nuestro pan.
pues El es el pan de vida
que nos da vida inmortal.

Doce eran los que cenaban
y les dio pan a los doce.
Doce entonces lo comieron,
y, después, todos los hombres.

Sea plena la alabanza
y llena de alegres cantos;
que nuestra alma se desborde
en todo un concierto santo.

Hoy celebramos con gozo
la gloriosa institución
de este banquete divino,
el banquete del Señor.

Esta es la nueva Pascua,
Pascua del único Rey,
que termina con la alianza
tan pesada de la ley.

En aquella última cena
Cristo hizo la maravilla
de dejar a sus amigos
el memorial de su vida.

Enseñados por la Iglesia,
consagramos pan y vino,

Corpus Christi (A)

que a los hombres nos redimen,
y dan fuerza en el camino.

Es un dogma del cristiano
que el pan se convierte en carne,
y lo que antes era vino
queda convertido en sangre.

Hay cosas que no entendemos,
pues no alcanza la razón;
mas si las vemos con fe,
entraran al corazón.

Bajo símbolos diversos y
en diferentes figuras,
se esconden ciertas verdades
maravillosas, profundas.

Su sangre es nuestra bebida;
su carne, nuestro alimento;
pero en el pan o en el vino
Cristo esta todo completo.

Quien lo come, no lo rompe,
no lo parte ni divide;
El es el todo y la parte;
vivo esta en quien lo recibe.

Cuando parten lo exterior,
solo parten lo que has visto;
no es una disminución
de la persona de Cristo.

Puede ser tan solo uno
el que se acerca al altar,
o pueden ser multitudes:
Cristo no se acabara.

Lo comen buenos y malos,
con provecho diferente;
no es lo mismo tener vida
que ser condenado a muerte.

A los malos les da muerte
y a los buenos les da vida.
¡Que efecto tan diferente
tiene la misma comida!

El pan que del cielo baja
es comida de viajeros.
Es un pan para los hijos.
¡No hay que tirarlo a los perros!

Isaac, el inocente,
es figura de este pan,
con el cordero de Pascua
y el misterioso mana.

Ten compasión de nosotros,
buen pastor, pan verdadero.
Apacientanos y cuídanos
y conducenos al cielo.

Si lo parten, no te apures
solo parten lo exterior;
en el mínimo fragmento
entero late el Señor.

Todo lo puedes y sabes,
pastor de ovejas, divino.
Concédenos en el cielo
gozar la herencia contigo. Amen.

ACLAMACIÓN (Jn 6, 51) R/. Aleluya, aleluya.

Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo, dice el Señor; el que coma de este pan vivirá para siempre. **R/.**

EVANGELIO

Mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida.

Del santo Evangelio según san Juan: 6, 51-58

En aquel tiempo, Jesús dijo a los judíos: “Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo; el que coma de este pan vivirá para siempre. Y el pan que yo les voy a dar es mi carne para que el mundo tenga vida”.

Entonces los judíos se pusieron a discutir entre sí: “¿Cómo puede éste darnos a comer su carne?”

Jesús les dijo: “Yo les aseguro: Si no comen la carne del Hijo del hombre y no beben su sangre, no podrán tener vida en ustedes. El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna y yo lo resucitaré el último día.

Mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí y yo en él. Como el Padre, que me ha enviado, posee la vida y yo vivo por Él, así también el que me come vivirá por mí.

Éste es el pan que ha bajado del cielo; no es como el maná que comieron sus padres, pues murieron. El que come de este pan vivirá para siempre”. **Palabra del Señor. Gloria a ti, Señor Jesús.**

Se dice Credo.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor, concede, bondadoso, a tu Iglesia, los dones de la unidad y de la paz, significados místicamente en las ofrendas que te presentamos. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Prefacio II o I de la Eucaristía.

ANTÍFONA DE LA COMUNIÓN (Jn 6, 56)

El que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí y yo en él, dice el Señor.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Concédenos, Señor Jesucristo, disfrutar eternamente del gozo de tu divinidad que ahora pregustamos, en la comunión de tu Cuerpo y de tu Sangre. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.

BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)

Te alimentó con el maná (Dt 8,2-3.14b-16a)

1ª lectura

Se recuerda a los israelitas, junto con la prueba del desierto, la especial protección y los cuidados paternales que Dios les ha dispensado, y se les exhorta de nuevo a la fidelidad.

«El hombre vive de todo lo que sale de la boca del Señor» (v. 3). Jesucristo evocará estas palabras al rechazar la primera tentación de Satanás en el desierto (cfr Mt 4,4).

La *salida de Egipto* significó el comienzo de la acción salvífica de Dios en favor del pueblo de su elección. El *desierto*, calificado de «terrible», sirvió para fomentar en ese pueblo la necesidad y la esperanza de Dios. La *tierra prometida*, «buena», sobre todo en contraste con el desierto, expresa la bondad de Dios hacia Israel: en ella tiene el descanso, la paz, la felicidad... De lo único que ha de precaverse Israel es de no gloriarse en ella como si fuera el fruto de su propio mérito. Si un día cediera a esa tentación estaría perdido. Pero esta lección teológico-moral es de evidente aplicación a cualquier persona en su relación con Dios, en cualquier circunstancia.

Los cananeos practicaban burdos y deshonestos ritos de fecundidad para procurarse el favor de las deidades protectoras de la agricultura y de la ganadería. Los israelitas no deberían hacer eso, sino agradecer al Señor que manda las lluvias, los soles y los rocíos, mediante el ofrecimiento de ofrendas pacíficas y sacrificios razonables de los frutos del campo y de los ganados. El Código Deuteronomico (caps. 12-26) trata precisamente de algunas fiestas agrícolas, como las «Semanas» (Dt 16,9-12), los «Tabernáculos» (16,13-17), los «Ácidos» (16,3-4), la ofrenda de los «Diezmos» (14,22-29), etc. Con ello y, sobre todo, con el cumplimiento de las exigencias morales de la Ley, será como Israel mostrará su fidelidad al Señor.

Los beneficios que el Señor dispuso a los israelitas durante el éxodo han sido aplicados con frecuencia por los escritores cristianos a las gracias del Bautismo y de la Eucaristía (cfr, p.ej., 1 Co 10,1-11). Y en la liturgia de la Iglesia —tras recordar la columna de fuego, la voz de Moisés en el Sinaí, el maná y el agua que brotó de la roca—, se pide que el Señor sea para nosotros por su Resurrección, respectivamente, la luz de la vida, la palabra y el pan de vida, y nos conceda el Espíritu de vida (cfr Liturgia de las Horas, *Preces de Laudes del Jueves de la VI semana del Tiempo pascual*)

Todos participamos de un solo pan (1 Co 10,16-17)

2ª lectura

Estas palabras forman parte de un pasaje más amplio en el que San Pablo está hablando acerca de si se deben o no comer las carnes sacrificadas a los ídolos (cfr. 1 Co 10,14-22). Aunque los ídolos no son nada, la participación en los sacrificios sería idolatría (cfr 1 Co 10,20). San Pablo ratifica su enseñanza comparándola con el sacrificio eucarístico. La palabra clave es «comunión» (1 Co 10,16.18,20), que significa intimidad, unión. Su efecto principal es la unión íntima con Jesucristo, como han subrayado los Santos Padres: «¿Qué es en realidad el pan? El Cuerpo de Cristo. ¿Que se hacen los que comulgan? Cuerpo de Cristo» (S. Juan Crisóstomo, *In 1 Corinthios 24, ad loc.*). Por eso, la participación en los banquetes idolátricos es incompatible con la comunión eucarística, pues rompe la unión con Cristo y con los demás cristianos. Las palabras de Pablo enseñan dos verdades fundamentales sobre la Eucaristía: su carácter sacrificial, al ponerla en relación con los sacrificios paganos (cfr 1 Co 10, 21), y la presencia real de Jesucristo, al afirmar que es la comunión del Cuerpo y la Sangre de Cristo (cfr 1 Co 10,16): «En este divino sacrificio, que en la Misa se realiza, se contiene e incruentamente se inmola aquel mismo Cristo que una sola vez se ofreció Él mismo cruentamente en el altar de la Cruz (cfr Hb 9,27) (...). Una sola y la misma es, en efecto, la víctima, y el que ahora se ofrece por el ministerio de los sacerdotes, es el mismo que entonces se ofreció a sí mismo en la cruz, siendo sólo distinta la manera de ofrecerse» (Conc. de Trento, *De SS. Missae sacrificio*, cap. 2).

El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna (Jn 6,51-58)

Evangelio

En esta segunda parte del discurso del Pan de Vida, Cristo revela el misterio de la Eucaristía. Sus palabras son de un realismo tan fuerte que excluyen cualquier interpretación en sentido figurado. Los oyentes entienden el sentido propio y directo de las palabras de Jesús (v. 52), pero no creen que tal afirmación pueda ser verdad. De haberlo entendido en sentido figurado o simbólico no les hubiera causado tan gran extrañeza ni se hubiera producido la discusión. De aquí también nace la fe de la Iglesia en que mediante la conversión del pan y del vino en su Cuerpo y Sangre, Cristo se hace presente en este sacramento. «El Concilio de Trento resume la fe católica cuando afirma: “Porque Cristo, nuestro Redentor, dijo que lo que ofrecía bajo la especie de pan era verdaderamente su Cuerpo, se ha mantenido siempre en la Iglesia esta convicción, que declara de nuevo el Santo Concilio: por la consagración del pan y del vino se opera el cambio de toda la substancia del pan en la substancia del Cuerpo de Cristo nuestro Señor y de toda la substancia del vino en la substancia de su sangre; la Iglesia católica ha llamado justa y apropiadamente a este cambio *transubstanciación*” (DS 1642)» (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1376).

En este discurso Jesús compara tres veces (cfr vv. 31-32.49.58) el verdadero Pan de Vida, su propio Cuerpo, con el maná, con el que Dios había alimentado a los hebreos diariamente durante cuarenta años en el desierto. Así, hace una invitación a alimentar frecuentemente nuestra alma con el manjar de su Cuerpo: «De la comparación del Pan de los Ángeles con el pan y con el maná fácilmente podían los discípulos deducir que, así como el cuerpo se alimenta de pan diariamente, y cada día eran recreados los hebreos con el maná en el desierto, del mismo modo el alma cristiana podría diariamente comer y regalarle con el Pan del Cielo. A más de que casi todos los Santos Padres de la Iglesia enseñan que el “pan de cada día”, que se manda pedir en la oración dominical, no tanto se ha de entender del pan material, alimento del cuerpo, cuanto de la recepción diaria del Pan Eucarístico» (S. Pío X, *Sacra Tridentina Synodus*, 20-XII-1905).

SAN JUAN CRISÓSTOMO (www.homiletica.com.ar)

Cristo, vida de quien comulga

Cuando tratamos de cosas espirituales, cuidemos de que nada haya en nuestras almas de terreno ni secular; sino que dejadas a un lado y rechazadas todas esas cosas, total e íntegramente nos entreguemos a la divina palabra. Si cuando el rey llega a una ciudad se evita todo tumulto, mucho más debemos escuchar con plena quietud y grande temor cuando nos habla el Espíritu Santo. Porque son escalofriantes las palabras que hoy se nos han leído. Escúchalas de nuevo: *En verdad os digo, dice el Señor, si alguno no come mi carne y bebe mi sangre, no tendrá vida en sí mismo.*

Puesto que le habían dicho: eso es imposible, Él les declara ser esto no solamente posible, sino sumamente necesario. Por lo cual continúa: *El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna y Yo lo resucitaré al final de los tiempos.* Había El dicho: *Si alguno come de este pan no morirá para siempre;* y es verosímil que ellos lo tomaran a mal, como cuando anteriormente dijeron: *Nuestro Padre Abraham murió y los profetas también murieron; entonces ¿cómo dices tú: no gustará la muerte?* Por tal motivo ahora, como solución a la pregunta, pone la resurrección; y declara que ese tal *no morirá para siempre.*

Con frecuencia habla Cristo de los misterios, demostrando cuán necesarios son y que conviene celebrarlos, absolutamente. Dice: *Mi carne verdaderamente es comida y mi sangre verdaderamente es bebida.* ¿Qué significa esto? Quiere decir o bien que es verdadero alimento que conserva la vida del alma; o bien quiere hacer creíbles sus palabras y que no vayan a pensar que lo dijo por simple parábola, sino que entiendan que realmente es del todo necesario comer su cuerpo.

Continúa luego: *Quien come mi carne permanece en Mí,* para dar a entender que íntimamente se mezcla con El. Lo que sigue, en cambio, no parece consonar con lo anterior, si no ponemos atención. Porque dirá alguno: ¿qué enlace lógico hay entre haber dicho: *Quien come mi carne permanece en Mí,* y a continuación añadir: *Como me envió el Padre que vive, así Yo vivo por el Padre?* Pues bien, lo cierto es que tienen muy estrecho enlace ambas frases. Puesto que con frecuencia había mencionado la vida eterna, para confirmar lo dicho añade: *En Mí permanece.* Pues si en Mí permanece y Yo vivo, es manifiesto que también él vivirá. Luego prosigue: *Así como me envió el Padre que vive.* Hay aquí una comparación y semejanza; y es como si dijera: Vivo Yo como vive el Padre. Y para que no por eso lo creyeras Ingénito, continúa al punto: *así Yo vivo por el Padre,* no porque necesite de alguna operación para vivir, puesto que ya anteriormente suprimió esa sospecha, cuando dijo: *Así como el Padre tiene vida en Sí mismo, así dio al Hijo tener vida en Sí mismo.* Si necesitara de alguna operación, se seguiría o que el Padre no le dio vida, lo que es falso; o que, si se la dio, en adelante la tendría sin necesidad de que otro le ayudara para eso.

¿Qué significa: *Por el Padre?* Solamente indica la causa. Y lo que quiere decir es esto: Así como mi Padre vive, así también Yo vivo. Y *el que me come también vivirá por Mí.* No habla aquí de una vida cualquiera, sino de una vida esclarecida. Y que no hable aquí de la vida simplemente, sino de otra gloriosa e inefable, es manifiesto por el hecho de que todos los infieles y los no iniciados viven, a pesar de no haber comido su carne. ¿Ves cómo no se trata de esta vida, sino de aquella otra? De modo que lo que dice es lo siguiente: Quien come mi carne, aunque muera no perecerá ni será castigado. Más aún, ni siquiera habla de la resurrección común y ordinaria, puesto que todos resucitarán; sino de una resurrección excelentísima y gloriosa, a la cual seguirá la recompensa.

Este es el pan bajado del cielo. No como el que comieron vuestros padres, el maná, y murieron. Quien come de este pan vivirá para siempre. Frecuentemente repite esto mismo para

clavarlo hondamente en el pensamiento de los oyentes (ya que era esta la última enseñanza acerca de estas cosas); y también para confirmar su doctrina acerca de la resurrección y acerca de la vida eterna. Por esto añadió lo de la resurrección, tanto con decir: *Tendrán vida eterna*, como dando a entender que esa vida no es la presente, sino la que seguirá a la resurrección.

Preguntarás: ¿cómo se comprueba esto? Por las Escrituras, pues a ellas los remite continuamente para que aprendan. Y cuando dice: *Que da vida al mundo*, excita la emulación a fin de que otros, viendo a los que disfrutaban don tan alto, no permanezcan extraños. También recuerda con frecuencia el maná, tanto para mostrar la diferencia con este otro pan, como para más excitarlos a la fe. Puesto que si pudo Dios, sin siega y sin trigo y el demás aparato de los labradores, alimentarlos durante cuarenta años, mucho más los alimentará ahora que ha venido a ejecutar hazañas más altas y excelentes. Por lo demás, si aquellas eran figuras, y sin trabajos ni sudores recogían el alimento los israelitas, mucho mejor será ahora, habiendo tan grande diferencia y no existiendo una muerte verdadera y gozando nosotros de una verdadera vida.

Y muy a propósito con frecuencia hace mención de la vida, puesto que ésta es lo que más anhelan los hombres y nada les es tan dulce como el no morir. En el Antiguo Testamento se prometía una larga existencia, pero ahora se nos promete no una existencia larga, sino una vida sin acabamiento. Quiere también declarar que el castigo que introdujo el pecado queda abolido y revocada la sentencia de muerte, puesto que pone ahora El e introduce una vida no cualquiera sino eterna, contra lo que allá al principio se había decretado.

Esto dijo enseñando en la sinagoga de Cafarnaúm; ciudad en la que había obrado muchos milagros; y en la que por lo mismo convenía que se le escuchara y creyera. Preguntarás: por qué enseñaba en la sinagoga y en el templo? Tanto para atraer a la multitud, como para demostrar que no era contrario al Padre. *Pero muchos de los discípulos que lo oyeron decían: Este lenguaje resulta intolerable.* ¿Qué significa *intolerable*? Es decir áspero, trabajoso sobremanera, penoso. Pero a la verdad, no decía Jesús nada que tal fuera. Porque no trataba entonces del modo de vivir correctamente, sino acerca de los dogmas, insistiendo en que se debía tener fe en Cristo.

Entonces ¿por qué es lenguaje intolerable? ¿Porque promete la vida y la resurrección? ¿Porque afirma haber venido él del Cielo? ¿Acaso porque dice que nadie puede salvarse si no come su carne? Pero pregunto yo: ¿son intolerables estas cosas? ¿Quién se atreverá a decirlo? Entonces ¿qué es lo que significa ese *intolerable*? Quiere decir difícil de entender, que supera la rudeza de los oyentes, que es altamente aterrador. Porque pensaban ellos que Jesús decía cosas que superaban su dignidad y que estaban por encima de su naturaleza. Por esto decían: *¿Quién podrá soportarlo?* Quizá lo decían en forma de excusa, puesto que lo iban a abandonar.

Sabedor Jesús por Sí mismo de que sus discípulos murmuraban de lo que había dicho (pues era propio de su divinidad manifestar lo que era secreto), les dijo: *¿Esto os escandaliza? Pues cuando veáis al Hijo del hombre subir a donde antes estaba...* Lo mismo había dicho a Natanael: *¿Porque te dije que te había visto debajo de la higuera crees? Mayores cosas verás.* Y a Nicodemo: *Nadie ha subido al Cielo, sino el que ha bajado del Cielo, el Hijo del hombre.* ¿Qué es esto? ¿Añade dificultades sobre dificultades? De ningún modo ¡lejos tal cosa! Quiere atraerlos y en eso se esfuerza mediante la alteza y la abundancia de la doctrina.

Quien dijo: *Bajé del Cielo*, si nada más hubiera añadido, les habría puesto un obstáculo mayor. Pero cuando dice: *Mi cuerpo es vida del mundo*; y también: *Como me envió mi Padre que vive también Yo vivo por el Padre*; y luego: *He bajado del Cielo*, lo que hace es resolver una dificultad. Puesto que quien dice de sí grandes cosas, cae en sospecha de mendaz; pero quien luego añade las

expresiones que preceden, quita toda sospecha. Propone y dice todo cuanto es necesario para que no lo tengan por hijo de José. De modo que no dijo lo anterior para aumentar el escándalo, sino para suprimirlo. Quienquiera que lo hubiera tenido por hijo de José no habría aceptado sus palabras; pero quienquiera que tuviese la persuasión de que Él había venido del Cielo, sin duda se le habría acercado más fácilmente y de mejor gana.

Enseguida añadió otra solución. Porque dice: *El espíritu es el que vivifica. La carne de nada aprovecha*. Es decir: lo que de Mí se dice hay que tomarlo en sentido espiritual; pues quien carnalmente oye, ningún provecho saca. Cosa carnal era dudar de cómo había bajado del Cielo, lo mismo que creerlo hijo de José, y también lo otro de: *¿Cómo puede éste darnos su carne para comer?* Todo eso carnal es; pero convenía entenderlo en un sentido místico y espiritual. Preguntarás: *¿Cómo podían ellos entender lo que era eso de comer su carne?* Respondo que lo conveniente era esperar el momento oportuno y preguntar y no desistir.

Las palabras que os he dicho son espíritu y son vida; es decir, son divinas y espirituales y nada tienen de carne ni de cosas naturales, pues están libres de las necesidades que imponen las leyes de la naturaleza de esta vida y tienen otro muy diverso sentido. Así como en este sitio usó la palabra *espíritu* para significar espirituales, así cuando usa la palabra *carne* no entiende cosas carnales, sino que deja entender que ellos las toman y oyen a lo carnal. Porque siempre andaban anhelando lo carnal, cuando lo conveniente era anhelar lo espiritual. Si alguno toma lo dicho a lo carnal, de nada le aprovecha.

Entonces ¿qué? ¿Su carne no es carne? Sí que lo es. ¿Cómo pues El mismo dice: *La carne para nada aprovecha*. Esta expresión no la refiere a su propia carne ¡lejos tal cosa! sino a los que toman lo dicho carnalmente. Pero ¿qué es tomarlo carnalmente? Tomar sencillamente a la letra lo que se dice y no pensar en otra cosa alguna. Esto es ver las cosas carnalmente. Pero no conviene juzgar así de lo que se ve, puesto que es necesario ver todos los misterios con los ojos interiores, o sea, espiritualmente. *En verdad quien no come su carne ni bebe su sangre no tiene vida en sí mismo*. Entonces ¿cómo es que la carne para nada aprovecha, puesto que sin ella no tenemos vida? ¿Ves ya cómo eso no lo dijo hablando de su propia carne, sino del modo de oír carnalmente?

(*Explicación del Evangelio de San Juan (2), Homilía XLVII (XLVI)*, Tradición México 1981, pp. 24-28)

FRANCISCO – Catequesis sobre la Eucaristía

«Es el memorial de la Pascua de Jesús, el misterio central de la salvación»

5 de febrero de 2014

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Hoy os hablaré de la Eucaristía. La Eucaristía se sitúa en el corazón de la «iniciación cristiana», juntamente con el Bautismo y la Confirmación, y constituye la fuente de la vida misma de la Iglesia. De este sacramento del amor, en efecto, brota todo auténtico camino de fe, de comunión y de testimonio.

Lo que vemos cuando nos reunimos para celebrar la Eucaristía, la misa, nos hace ya intuir lo que estamos por vivir. En el centro del espacio destinado a la celebración se encuentra el altar, que es una mesa, cubierta por un mantel, y esto nos hace pensar en un banquete. Sobre la mesa hay una cruz, que indica que sobre ese altar se ofrece el sacrificio de Cristo: es Él el alimento espiritual que

allí se recibe, bajo los signos del pan y del vino. Junto a la mesa está el ambón, es decir, el lugar desde el que se proclama la Palabra de Dios: y esto indica que allí se reúnen para escuchar al Señor que habla mediante las Sagradas Escrituras, y, por lo tanto, el alimento que se recibe es también su Palabra.

Palabra y pan en la misa se convierten en una sola cosa, como en la Última Cena, cuando todas las palabras de Jesús, todos los signos que realizó, se condensaron en el gesto de partir el pan y ofrecer el cáliz, anticipo del sacrificio de la cruz, y en aquellas palabras: «Tomad, comed, éste es mi cuerpo... Tomad, bebed, ésta es mi sangre».

El gesto de Jesús realizado en la Última Cena es la gran acción de gracias al Padre por su amor, por su misericordia. «Acción de gracias» en griego se dice «eucaristía». Y por ello el sacramento se llama Eucaristía: es la suprema acción de gracias al Padre, que nos ha amado tanto que nos dio a su Hijo por amor. He aquí por qué el término Eucaristía resume todo ese gesto, que es gesto de Dios y del hombre juntamente, gesto de Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre.

Por lo tanto, la celebración eucarística es mucho más que un simple banquete: es precisamente el memorial de la Pascua de Jesús, el misterio central de la salvación. «Memorial» no significa sólo un recuerdo, un simple recuerdo, sino que quiere decir que cada vez que celebramos este sacramento participamos en el misterio de la pasión, muerte y resurrección de Cristo. La Eucaristía constituye la cumbre de la acción de salvación de Dios: el Señor Jesús, haciéndose pan partido por nosotros, vuelca, en efecto, sobre nosotros toda su misericordia y su amor, de tal modo que renueva nuestro corazón, nuestra existencia y nuestro modo de relacionarnos con Él y con los hermanos. Es por ello que comúnmente, cuando nos acercamos a este sacramento, decimos «recibir la Comunión», «comulgar»: esto significa que en el poder del Espíritu Santo, la participación en la mesa eucarística nos conforma de modo único y profundo a Cristo, haciéndonos pregonar ya ahora la plena comunión con el Padre que caracterizará el banquete celestial, donde con todos los santos tendremos la alegría de contemplar a Dios cara a cara.

Queridos amigos, no agradeceremos nunca bastante al Señor por el don que nos ha hecho con la Eucaristía. Es un don tan grande y, por ello, es tan importante ir a misa el domingo. Ir a misa no sólo para rezar, sino para recibir la Comunión, este pan que es el cuerpo de Jesucristo que nos salva, nos perdona, nos une al Padre. ¡Es hermoso hacer esto! Y todos los domingos vamos a misa, porque es precisamente el día de la resurrección del Señor. Por ello el domingo es tan importante para nosotros. Y con la Eucaristía sentimos precisamente esta pertenencia a la Iglesia, al Pueblo de Dios, al Cuerpo de Dios, a Jesucristo. No acabaremos nunca de entender todo su valor y riqueza. Pidámosle, entonces, que este sacramento siga manteniendo viva su presencia en la Iglesia y que plasme nuestras comunidades en la caridad y en la comunión, según el corazón del Padre. Y esto se hace durante toda la vida, pero se comienza a hacerlo el día de la primera Comunión. Es importante que los niños se preparen bien para la primera Comunión y que cada niño la reciba, porque es el primer paso de esta pertenencia fuerte a Jesucristo, después del Bautismo y la Confirmación.

«A través de la Eucaristía Cristo quiere entrar en nuestra existencia e impregnarla con su gracia»

12 de febrero de 2014

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

En la última catequesis destacué cómo la Eucaristía nos introduce en la comunión real con Jesús y su misterio. Ahora podemos plantearnos algunas preguntas respecto a la relación entre la Eucaristía que celebramos y nuestra vida, como Iglesia y como cristianos. *¿Cómo vivimos la Eucaristía?* Cuando vamos a misa el domingo, ¿cómo la vivimos? ¿Es sólo un momento de fiesta, es una tradición consolidada, es una ocasión para encontrarnos o para sentirnos bien, o es algo más?

Hay indicadores muy concretos para comprender cómo vivimos todo esto, cómo vivimos la Eucaristía; indicadores que nos dicen si vivimos bien la Eucaristía o no la vivimos tan bien. El primer indicio es nuestro *modo de mirar y considerar a los demás*. En la Eucaristía Cristo vive siempre de nuevo el don de sí realizado en la Cruz. Toda su vida es un acto de total entrega de sí por amor; por ello, a Él le gustaba estar con los discípulos y con las personas que tenía ocasión de conocer. Esto significaba para Él compartir sus deseos, sus problemas, lo que agitaba su alma y su vida. Ahora, nosotros, cuando participamos en la santa misa, nos encontramos con hombres y mujeres de todo tipo: jóvenes, ancianos, niños; pobres y acomodados; originarios del lugar y extranjeros; acompañados por familiares y solos... ¿Pero la Eucaristía que celebro, me lleva a sentirles a todos, verdaderamente, como hermanos y hermanas? ¿Hace crecer en mí la capacidad de alegrarme con quien se alegra y de llorar con quien llora? ¿Me impulsa a ir hacia los pobres, los enfermos, los marginados? ¿Me ayuda a reconocer en ellos el rostro de Jesús? Todos nosotros vamos a misa porque amamos a Jesús y queremos compartir, en la Eucaristía, su pasión y su resurrección. ¿Pero amamos, como quiere Jesús, a aquellos hermanos y hermanas más necesitados? Por ejemplo, en Roma en estos días hemos visto muchos malestares sociales o por la lluvia, que causó numerosos daños en barrios enteros, o por la falta de trabajo, consecuencia de la crisis económica en todo el mundo. Me pregunto, y cada uno de nosotros se pregunte: Yo, que voy a misa, ¿cómo vivo esto? ¿Me preocupo por ayudar, acercarme, rezar por quienes tienen este problema? ¿O bien, soy un poco indiferente? ¿O tal vez me preocupo de murmurar: Has visto cómo está vestida aquella, o cómo está vestido aquél? A veces se hace esto después de la misa, y no se debe hacer. Debemos preocuparnos de nuestros hermanos y de nuestras hermanas que pasan necesidad por una enfermedad, por un problema. Hoy, nos hará bien pensar en estos hermanos y hermanas nuestros que tienen estos problemas aquí en Roma: problemas por la tragedia provocada por la lluvia y problemas sociales y del trabajo. Pidamos a Jesús, a quien recibimos en la Eucaristía, que nos ayude a ayudarles.

Un segundo indicio, muy importante, es la gracia de *sentirse perdonados y dispuestos a perdonar*. A veces alguien pregunta: «¿Por qué se debe ir a la iglesia, si quien participa habitualmente en la santa misa es pecador como los demás?». ¡Cuántas veces lo hemos escuchado! En realidad, quien celebra la Eucaristía no lo hace porque se considera o quiere aparentar ser mejor que los demás, sino precisamente porque se reconoce siempre necesitado de ser acogido y regenerado por la misericordia de Dios, hecha carne en Jesucristo. Si cada uno de nosotros no se siente necesitado de la misericordia de Dios, no se siente pecador, es mejor que no vaya a misa. Nosotros vamos a misa porque somos pecadores y queremos recibir el perdón de Dios, participar en la redención de Jesús, en su perdón. El «yo confieso» que decimos al inicio no es un «*pro forma*», es un auténtico acto de penitencia. Yo soy pecador y lo confieso, así empieza la misa. No debemos olvidar nunca que la Última Cena de Jesús tuvo lugar «en la noche en que iba a ser entregado» (*I Cor 11, 23*). En ese pan y en ese vino que ofrecemos y en torno a los cuales nos reunimos se renueva cada vez el don del cuerpo y de la sangre de Cristo para la remisión de nuestros pecados. Debemos ir a misa humildemente, como pecadores, y el Señor nos reconcilia.

Un último indicio precioso nos ofrece la relación entre la celebración eucarística y *la vida de nuestras comunidades cristianas*. Es necesario tener siempre presente que la Eucaristía no es algo que hacemos nosotros; no es una conmemoración nuestra de lo que Jesús dijo e hizo. No. Es

precisamente una acción de Cristo. Es Cristo quien actúa allí, que está en el altar. Es un don de Cristo, quien se hace presente y nos reúne en torno a sí, para nutrirnos con su Palabra y su vida. Esto significa que la misión y la identidad misma de la Iglesia brotan de allí, de la Eucaristía, y allí siempre toman forma. Una celebración puede resultar incluso impecable desde el punto de vista exterior, bellísima, pero si no nos conduce al encuentro con Jesucristo, corre el riesgo de no traer ningún sustento a nuestro corazón y a nuestra vida. A través de la Eucaristía, en cambio, Cristo quiere entrar en nuestra existencia e impregnarla con su gracia, de tal modo que en cada comunidad cristiana exista esta coherencia entre liturgia y vida.

El corazón se llena de confianza y esperanza pensando en las palabras de Jesús citadas en el Evangelio: «El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día» (*Jn 6, 54*). Vivamos la Eucaristía con espíritu de fe, de oración, de perdón, de penitencia, de alegría comunitaria, de atención hacia los necesitados y hacia las necesidades de tantos hermanos y hermanas, con la certeza de que el Señor cumplirá lo que nos ha prometido: la vida eterna. Que así sea.

RANIERO CANTALAMESSA (www.cantalamessa.org)

Los dos cuerpos de Cristo

Hasta no hace muchos años la fiesta del Corpus Christi, que caía en jueves, venía celebrada con una solemnidad muy particular: la procesión más solemne del año con los niños de la primera comunión, que esparcían pétalos de flor por la calle y las casas estaban con colgaduras en los balcones y ventanas... Era para los cristianos la ocasión de expresar públicamente su fe en la presencia real de Cristo en la Eucaristía.

Ahora, está ya todo abandonado y silencioso. En nuestras ciudades las procesiones han cedido el puesto a las manifestaciones. Pero, si todo esto nos sirviese para estimularnos a profundizar en el significado del misterio y a una fe más consciente, habríamos transformado en ganancia lo que más bien parece una pérdida. Es lo que queremos intentar hacer en estos pocos minutos. En la segunda lectura de la fiesta de hoy, san Pablo escribe:

«El cáliz de la bendición que bendecimos, ¿no es comunión con la sangre de Cristo? Y el pan que partimos, ¿no es comunión con el cuerpo de Cristo?»

La Eucaristía es fundamentalmente un misterio de comunión. Nosotros conocemos distintos tipos de comunión. La de entre los esposos, que forman una sola carne, es ciertamente una comunión profundísima. De igual forma, la comunión entre la madre y el hijo, que lleva en su seno, es real y fortísima. Pero, en ninguno de estos casos la comunión alcanza su fondo, porque cada uno permanece siendo sí mismo separado del otro y no hay fusión. Para vivir, el niño debe separarse de la madre, debe salir de ella; si permanece en ella, en su seno, muere.

Una comunión más profunda es la que haya se da entre nosotros y la comida que comemos, porque ésta llega a ser carne de nuestra carne y sangre de nuestra sangre. He escuchado de algunas madres decirle a su criatura, mientras la apretaban al pecho y la besaban: «¡Te quiero tanto que te comería!» Es verdad que la comida no es una persona viviente e inteligente con la que podamos intercambiar pensamientos y afectos; pero, supongamos, por un momento, que la comida sea ese mismo ser viviente e inteligente, ¿no os parece que entonces se daría finalmente la perfecta comunión?

Ahora bien, esto es lo que nos sucede en la comunión eucarística. Jesús, en el fragmento evangélico, dice:

«Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo... Mi carne es verdadera comida... el que come este pan vivirá para siempre».

Aquí, la comida ya no es una simple cosa sino que es una persona, que vive. Se disfruta con ello la más íntima, aunque la más misteriosa, de las comuniones.

Busquemos profundizar en este punto. Miremos qué sucede con la naturaleza en el ámbito de la nutrición. Es el principio vital más fuerte aquel que asimila lo menos fuerte. Por ejemplo, el vegetal, la planta, es la que asimila al mineral, esto es, a las sales, al agua, etc.; escalando más arriba, el animal es el que asimila al vegetal, el buey se nutre de la hierba y no al revés.

Cuando esta ley viene trasladada a las relaciones entre el hombre y Cristo, ¿qué sucede? Igualmente aquí es el principio vital más fuerte el que asimila a sí mismo al menos fuerte. En otras palabras, es Cristo quien nos asimila a sí mismo, no somos nosotros los que le asimilamos a Cristo en nosotros. Esto es, nosotros nos transformamos en él, no él en nosotros. Un famoso materialista ateo ha dicho: «El hombre es lo que come». Sin saberlo ha dado una óptima definición de la Eucaristía. Gracias a ella, en verdad, el hombre llega a ser lo que come, esto es ¡el cuerpo de Cristo!

Ahora, sin embargo, permitidme una pequeña reflexión. Pablo nos ha dicho que el cáliz es comunión con la sangre de Cristo y el pan es comunión con el cuerpo de Cristo. Pero, ¿qué significan las palabras *cuerpo* y *sangre*? Para nosotros, occidentales, que somos herederos de la cultura griega, el cuerpo no es más que una tercera parte del hombre, el cual, unido al alma ya la inteligencia, forma al hombre completo. La sangre, después, es solamente una parte del hombre, porque no es más que un componente del cuerpo, que, a su vez, es un componente del hombre.

En la Biblia y en el lenguaje de Jesús no es así. Cuerpo indica a todo el hombre en cuanto vive en una dimensión corporal, no es un puro espíritu. Indica al hombre en toda su concreción, la vida humana con todo lo que la constituye: alegrías y esperanzas, fatigas y sudores. La sangre, además, para un hebreo es la sede de la vida (por eso, todavía hoy, los hebreos observantes no comen carnes ahogadas, esto es, con la sangre dentro, porque sería como comerse la vida). Por ello, el derramamiento de la sangre es el signo figurativo de la muerte.

Jesús, por lo tanto, desde el primer instante de su concepción en el seno de María hasta el último, dándonos su cuerpo, nos ha dado su vida; dándonos su sangre, nos ha dado su muerte. Nos lo ha proporcionado todo. He ahí qué significa «comulgar»: entrar en contacto con la vida de Jesús y con su muerte, recibir el inmenso poder salvífico en sí mismo.

Aquel, que en su vida mandaba a los vientos y al mar y le obedecían, que tocaba a los leprosos y se curaban, tocaba a los ciegos y veían, cogía de la mano a los lisiados y se levantaban: ¡él mismo con todo su poder está ahora dentro de ti! ¡ Si nosotros, los cristianos, descubriéramos qué tenemos en la Eucaristía! Decía un ateo: «¡Si yo pudiese creer que en aquella hostia consagrada está en verdad Dios, como decís vosotros, creo que caería de rodillas y no me levantaría jamás!». Tenía razón.

Pero, hay más. Puesto que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son un solo y único Dios y poseen una misma naturaleza divina, donde está el Hijo, Jesucristo, está también el Padre y está el Espíritu Santo. En la Eucaristía nosotros podemos, por lo tanto, entrar en comunión asimismo con el Padre y con el Espíritu Santo, esto es, con toda la Trinidad.

Un canto eucarístico, que me gusta bastante, tiene un estribillo que dice: «Dios, ¡nos ha puesto su cuerpo entre las manos!» Es verdad. Pero, ¿nosotros qué hacemos con el cuerpo de Cristo? Hoy ha llegado a ser habitual y fácil acercarse a recibir la comunión y es una cosa óptima. Así debe ser: que en cada Misa los presentes comulguen. Pero, esto no debiera llevarnos a vulgarizar la Eucaristía, a acercarnos a ella como si se tratase de un pan ordinario con la conciencia gravemente en desorden. «Quien come y bebe sin discernir el Cuerpo, come y bebe su propia condena» (1 *Corintios* 11, 29), nos advierte san Pablo. Pero, leamos la continuación del texto inicial de san Pablo:

«El pan es uno, y así nosotros, aunque somos muchos, formamos un solo cuerpo, porque comemos todos del mismo pan».

Es claro que en este segundo caso la palabra «cuerpo» ya no indica más el cuerpo de Cristo, nacido de María, sino que nos revela «a todos nosotros», enseña o da a conocer aquel cuerpo mayor de Cristo, que es la Iglesia. ¿Qué quiere decir esto? Que la comunión eucarística es siempre del mismo modo comunión entre nosotros. Comiendo todos de la única comida nosotros formamos un solo cuerpo.

¿Cuál es la consecuencia? Que no podemos hacer verdadera comunión con Cristo, si estamos divididos entre nosotros, si nos odiamos, si no estamos dispuestos a reconciliarnos. Si tú has ofendido a tu hermano, si has cometido una injusticia contra él y, después, vas a recibir la comunión hasta lleno de fervor en relación con Cristo, como si nada ocurriese, tú te asemejas a una persona, que ve venir ante sí a un amigo a quien no ve desde hace mucho tiempo. Corre al encuentro, le tira los brazos al cuello y se levanta hasta con la punta de los pies para besarlos en la frente... Pero, al hacer esto, no se da cuenta que le está pisando los pies con unos zapatos de clavos. Los hermanos, en efecto, especialmente los más pobres y desvalidos, son los miembros de Cristo, son sus pies puestos aún en la tierra. Aquel hombre podría decir al amigo: «Amigo, tú me honras en vano. ¡Me besas la frente, pero me pisas los pies!» Y lo mismo podría decirnos Jesús en la comunión.

Pero, no basta no tener rencor, no estar en discordia con nadie, la Eucaristía nos enseña a hacer algo mucho más grande: a dar también nosotros el cuerpo y la sangre por los hermanos, como ha hecho el mismo Jesús por nosotros. Pensando en las personas, que nos han sido confiadas (una madre para sus familiares, una suegra para su enfermo, un sacerdote para sus fieles), todos podemos decir con Jesús en la Misa, el sacerdote en voz alta y los demás con el corazón: «Tomad y comed todos de él, porque esto es mi cuerpo (esto es, mi vida, mi tiempo, mis energías), que será entregado por vosotros». «Tomad y bebed todos de él, porque éste es el cáliz de mi sangre (esto es, mi sudor, la fatiga, el sufrimiento, la enfermedad), que será derramada por vosotros».

De este modo, nosotros no sólo celebramos la Eucaristía sino que llegamos a ser eucaristía, pan partido y regalo los unos para con los otros. De igual forma, una simple sonrisa, proporcionada a los demás, adquiere entonces un significado distinto: es un dar el propio «cuerpo», porque sonreír es propio de un espíritu, que vive en el cuerpo. ¡Y es un don tan precioso! Es como abrir de par en par las puertas de casa a quien está delante de ti y decirle: ¡Entra! Es un abrirse al otro y acogerlo.

Al darnos la hostia, el sacerdote dice: «El cuerpo de Cristo» y nosotros respondemos: «Amén». «Amén» significa, así es, te creo, te acepto. Ahora, ya sabemos a quién decimos «Amén», no sólo a Jesús, el Hijo de Dios, sino también a quien vive junto a nosotros, a la humanidad, a la vida. Celebramos así la fiesta del Corpus Christi: como la fiesta de la vida, de la unidad y del amor.

PALABRA Y VIDA (www.palabrayvida.com.ar)

El signo del pan

En los domingos de Cuaresma, con los dos pasajes evangélicos de la Samaritana y del ciego de nacimiento, la liturgia nos presentó dos grandes signos: el agua y la luz; el uno símbolo del Bautismo, el otro de la fe. Hoy, fiesta del *Corpus Domini*, nos habla de la Eucaristía con otro gran signo: el del pan. Es el mismo Jesús quien hizo esta elección. ¡Cuántas veces encontramos en el Evangelio esta realidad del pan! Pasando entre las mieses del grano en primavera. Jesús advierte en ellas a las generaciones de hombres que esperan a los operarios del Reino: “La mies es mucha, pero los operarios son pocos”. Dos veces multiplica el pan para las multitudes; habla de las migajas de pan que caen de la mesa del rico sin llegar a la boca del pobre Lázaro; habla del pan abundante en la casa paterna, que vuelve a la mente del hijo pródigo alejado de ella y hace nacer en él la nostalgia del Padre; la Iglesia es comparada con la medida de harina que espera elevarse debido a la fuerza de la levadura. Por fin. Jesús habla de sí mismo como del grano de trigo que debe morir.

¿Por qué tanta predilección por esta criatura? Tal vez Jesús deseaba preparar a los hombres para reconocerlo un día en el pan de su Eucaristía. Es como si él, durante sus últimos años, hubiera dorado con amor el cáliz que debía contener su cuerpo.

San Juan, en todo caso, demuestra haber entendido así el pensamiento de Jesús: Jesús había multiplicado el pan para hablar, al poco tiempo, de otro pan. Es el discurso de Cafarnaum del que hoy escuchamos un pasaje: *Yo soy el pan vivo bajado del cielo. El que coma de este pan vivirá eternamente, y el pan que yo daré es mi carne para la Vida del mundo*. Por lo tanto, el pan es Cristo, todo Cristo, su palabra y su carne, es decir, su Espíritu no menos que su cuerpo. Todo eso se realiza de la manera más fuerte en el sacramento eucarístico, cuando el pan que ofrecemos como fruto y expresión de nuestro trabajo, es decir, como signo de la ofrenda de nosotros mismos a Dios, es consagrado y restituido a nosotros como signo del don de Cristo a su Iglesia. Todo eso se desarrolla en el signo, pero es realidad, porque la misma realidad existencial y ontológica del pan —lo que *es* y lo que *significa* para nosotros— se transforma en el cuerpo de Cristo. Se tiene así —para usar sólo un instante el lenguaje técnico de la teología— una transustanciación mediante una transignificación.

Si es tan importante esta dimensión de signo que el pan posee, entonces es justo que investiguemos de qué es signo entre nosotros el pan, para descubrir de qué se vuelve signo después de la invocación sobre él del Espíritu Santo y después de su consagración. El primer signo es éste: el pan es alimento, nutre y da vida. Y he aquí entonces el significado eucarístico de este pan: *Porque mi carne es la verdadera comida y mi sangre, la verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él... El que coma de este pan vivirá eternamente*. La Eucaristía es el “alimento de los que viajan”, es decir, de aquellos que, como los hebreos, atraviesan “el desierto grande y terrible” de esta vida (primera lectura). El efecto de la Eucaristía es el de hacernos convertir en lo que comemos (san León Magno). Con un significado bien distinto nosotros, los cristianos, repetimos el dicho de aquel filósofo materialista: “El hombre es lo que come” (Feuerbach). En efecto, no somos nosotros quienes asimilamos ese pan, es él quien nos asimila y nos hace miembros vivos del cuerpo de Cristo.

Pero existe otro significado no menos importante. Por el modo en que es comido, el pan es signo de comunión. Pablo nos lo ha recordado en la segunda lectura: *Y el pan que partimos, ¿no es comunión con el Cuerpo de Cristo? Ya que hay un solo pan, todos nosotros, aunque somos muchos, formamos un solo Cuerpo*; en otras palabras, nosotros entramos en comunión con él y entre nosotros. Este segundo signo era más elocuente en otros tiempos, cuando, frente a la familia reunida alrededor

de la mesa, el padre partía el único pan y lo dividía entre todos; es decir, cuando no se conocía, como hoy, la costumbre de los emparedados o la de comer en mesas separadas. ¡Qué signo de comunión se tenía entonces! Un solo pan se convertía en carne y sangre, es decir, en parte integrante de la vida de cada uno de los presentes; un vínculo profundo, sustancial, de unidad, aparecía entre todos los presentes.

Este signo del banquete es vital para la Eucaristía; debe resplandecer cada vez más claramente en nuestras asambleas e inducirnos a recuperar lo antes posible una parte esencial de él injustamente abandonada: la comunión en la sangre de Cristo. Mi sangre es “verdadera bebida”, dijo Jesús, y sin bebida no existe el signo verdadero y completo del banquete. Devolver al pueblo cristiano lo que le corresponde por voluntad e institución de Cristo, una vez caídas las razones contingentes por las que le fue sustraído, es un deber impostergable de la Iglesia.

El pan signo de nutrición y de comunión: de allí sacaremos hoy motivo para nuestra fe y para nuestra fiesta. Pero también para nuestro compromiso personal. “Por eso entre ustedes hay muchos enfermos y débiles —decía san Pablo a los corintios— porque se acercan a la Eucaristía sin reconocer el Cuerpo del Señor” (cfr. 1 Cor. 11, 29-30). También hoy, si hay tantos débiles y enfermos en la comunidad cristiana, es porque no nos alimentamos, o nos alimentamos mal con el cuerpo de Cristo. Son muchos quienes se lamentan diciendo que ciertos preceptos de Cristo —amar a los enemigos, ser castos, etc. — son difíciles, incluso imposibles para el hombre. Tienen razón: lo son, pero Cristo nos ha dado el modo de hacerlos posibles y fáciles: su carne, su vida.

De ella nos alimentaremos hoy con alegría, dando gracias a Dios, que realmente nos sacia con “flor de trigo”.

BIBLIOTECA ALMUDÍ (www.almudi.org)

Homilía con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II.

Homilía del Corpus Christi, en San Juan de Letrán (21-VI-1984)

– Glorificar al Dios viviente

“Iglesia santa, glorifica a tu Señor” (cf. Sal 147,12).

Esta exhortación, que resuena en la liturgia de hoy, responde casi como un eco lejano a la invitación que el Salmista dirigió a Jerusalén: “Glorifica al Señor, Jerusalén;/ alaba a tu Dios, Sión,/ que ha reforzado los cerrojos de tus puertas/ y ha bendecido a tus hijos dentro de ti” (Sal 147,12-13).

La Iglesia creció en Jerusalén y en lo más profundo de su corazón trae esta invitación a glorificar al Dios viviente. Hoy desea responder a esta invitación de modo particular. Este día – jueves después del domingo de la Santísima Trinidad– se celebra la solemnidad del Corpus Domini: del Santísimo Cuerpo y Sangre de Cristo.

La Iglesia creció desde la Jerusalén de la Antigua Alianza como Cuerpo bien compacto en unidad mediante la Eucaristía. “El pan es uno, y así nosotros, aunque somos muchos, formamos un solo cuerpo, porque comemos todos del mismo pan” (1 Cor 10,17).

“Y el pan que partimos, ¿no nos une a todos en el cuerpo de Cristo?” (1 Cor 10,16).

Jesucristo dice: (Jn 6,56-57) “El que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí, y yo en él. Lo mismo que el Padre, que vive, me ha enviado y yo vivo por el Padre, también el que me coma vivirá por mí”.

– Iglesia y Eucaristía

Esta es la vida de la Iglesia. Se desarrolla en el ocultamiento eucarístico. Lo indica la lámpara que arde día y noche ante el tabernáculo. Esta vida se desarrolla también en el ocultamiento de las almas humanas, en lo íntimo del tabernáculo del hombre.

La Iglesia celebra incesantemente la Eucaristía, rodeando de la máxima veneración este misterio, que Cristo ha establecido en su Cuerpo y en su Sangre; este misterio que es la vida interior de las almas humanas. Lo hace con toda la sagrada discreción que merece este sacramento.

Pero hay un día, en el que la Iglesia quiere hablar a todo el mundo de este gran misterio suyo. Proclamarlo por las calles y plazas. Cantar en alta voz la gloria de su Dios. De este Dios admirable, que se ha hecho Cuerpo y Sangre: comida y bebida de las almas humanas. “...y el pan que yo daré es mi carne para la vida del mundo” (Jn 6,51).

Es necesario, pues, que el mundo lo sepa. Es necesario que “el mundo” acoja este día solemne el mensaje eucarístico: el mensaje del Cuerpo y de la Sangre de Cristo.

Deseamos, pues, rodear con un cortejo solemne a este “pan”, por medio del cual nosotros – muchos– formamos un solo “Cuerpo”.

Queremos caminar y proclamar, cantar, confesar: He aquí a Cristo -Eucaristía- enviado por el Padre./ He aquí a Cristo, que vive por el Padre./ He aquí a nosotros, en Cristo:/ a nosotros, que comemos su Cuerpo y su Sangre,/ a nosotros, que vivimos por Él: por medio de Cristo-Eucaristía./ Por Cristo, Hijo Eterno de Dios.

– Comunión

“El que come su Carne y bebe su Sangre tiene la vida eterna... Cristo lo resucitará el último día” (cf. Jn 6,54).

A este mundo que pasa,/ a esta ciudad, que también pasa, aunque se le llame “ciudad eterna”,/ queremos anunciarles la vida eterna, que está, mediante Cristo, en Dios:/ la vida eterna, cuyo comienzo y signo evangélico es la Resurrección de Cristo;/ la vida eterna, que acogemos como Eucaristía: sacramento de vida eterna.

Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva

Ocho veces emplea Jesús el verbo comer al prometer en la sinagoga de Cafarnaúm la Eucaristía. Tal vez para despejar cualquier interpretación metafórica de sus palabras y que tuviéramos así la certeza de que en Ella está su Cuerpo, su Sangre, su Alma, su Divinidad. El Verbo que pone su tienda, su tabernáculo entre nosotros (Cfr Jn 1,14).

La Eucaristía, por la que entramos en comunión con Dios y escapamos de la muerte (Evang.), escandalizó a los discípulos de Jesús como ocurrió con el anuncio de la Pasión. La Eucaristía y la Cruz son piedras de tropiezo. Es el mismo misterio. “¿También vosotros queréis marcharos?” “Esta pregunta del Señor resuena a través de las edades, como invitación de su amor a descubrir que sólo Él tiene palabras de vida eterna y que acoger en la fe el don de la Eucaristía es acogerlo a Él mismo” (CEC, 1336). ¡Miremos con ojos de fe esta prueba del amor del Señor que se queda con nosotros! Porque “la palabra de Cristo –enseña S. Ambrosio–, que pudo hacer de la nada lo que no existía ¿no podría cambiar las cosas existentes en lo que no eran todavía? No es menos dar a las cosas su naturaleza primera que cambiársela”. (Myst. 9, 50.52).

En este misterio de fe y de amor está la “fuente y la cima de toda la vida cristiana” (L. G., 11). Una antigua oración confiesa bellamente esta verdad: “Oh sagrado banquete, en que Cristo es nuestra comida; se celebra el memorial de su pasión; el alma se llena de gracia, y se nos da la prenda de la gloria futura!” S. Ireneo de Lyon, se hace eco de la transfiguración que se operará en nuestro cuerpo gracias a la Eucaristía: “Así como el pan que viene de la tierra, después de haber recibido la invocación de Dios, ya no es pan ordinario, sino Eucaristía, constituida por dos cosas, una terrena y otra celestial, así nuestros cuerpos que participan en la Eucaristía ya no son corruptibles, ya que tienen la esperanza de la resurrección” (Haer. 4, 18, 4-5).

“El pan que partimos ¿no nos une a todos en el Cuerpo de Cristo?” (2ª lect.) “El Cuerpo real y sacramental del Señor alimenta y hace vivir de su Espíritu al Cuerpo espiritual y social, que somos nosotros en la Iglesia... La Eucaristía se convierte en la gran fuente del amor fraterno... Incluso de aquel prójimo que carece todavía de comunión de fe, de esperanza, de caridad, de unión eclesial” (Pablo VI).

“Jesús no es una idea ni un sentimiento ni un recuerdo. Jesús es una persona viva siempre y presente entre nosotros. Amad a Jesús presente en la Eucaristía” (Juan Pablo II). *Os diré que para mí el Sagrario ha sido siempre Betania, el lugar tranquilo y apacible donde está Cristo, donde podemos contarle nuestras preocupaciones, nuestros sufrimientos, nuestras ilusiones y nuestras alegrías, con la misma sencillez y naturalidad con que le hablaban aquellos amigos suyos, Marta, María y Lázaro* (San Josemaría Escrivá).

Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica

«Formamos todos un solo cuerpo, porque comemos de un mismo pan»

I. LA PALABRA DE DIOS

Deut 8,2-3.14b-16a.: «Te alimentó con el maná, que tú no conocías ni conocieron tus padres»

Sal 147,12-13.14-15.19-20: «Glorifica al Señor, Jerusalén»

1Co 10,16-17: «El pan es uno, y así nosotros, aunque somos muchos, formamos un solo cuerpo»

Jn 6,51-59: «Mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida»

II. APUNTE BÍBLICO-LITÚRGICO

El recuerdo del Éxodo y de la estancia en el desierto marcaría el final de la etapa que había empezado en el monte Horeb y el comienzo de la que comenzaría en Moab. Había que recordar al pueblo la necesidad de ser fiel a la Palabra; así, la Palabra da la vida (Te alimentó con el maná....para enseñarte «que no sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios») El maná sería el signo de la obediencia a la Palabra.

El Evangelio es un fragmento de la segunda parte del Discurso sobre el Pan de Vida. Todos coinciden en que tiene todo él una fuerte carga eucarística, pero con una notable diferencia: mientras en la primera parte, Jesús emplea un lenguaje más simbólico; en la segunda tiene un matiz más sacramental.

III. SITUACIÓN HUMANA

El hombre de hoy, ahído de muchas cosas, no suele sentir necesidad de nada, porque cree que tiene todo bien cubierto. Llena sus vacíos con aquello en que abunda. Pero sigue sintiendo hambre,

porque no ha aplicado el remedio justo. No lo confiesa, pero en el fondo es hambre de plenitud. Y eso no se llena con lo que el hombre cree tener de sobra.

IV. LA FE DE LA IGLESIA

La fe

– La Eucaristía, fuente y cumbre de la vida eclesial: “«La Eucaristía es fuente y cima de toda la vida cristiana. Los demás sacramentos, como también todos los ministerios eclesiales, y las obras de apostolado, están unidos a la Eucaristía y a ella se ordenan. La sagrada Eucaristía, en efecto, contiene todo el bien espiritual de la Iglesia, es decir, Cristo mismo, nuestra Pascua» (PO 5)” (1324; cf 1325-1327).

– Nombres de este Sacramento: Eucaristía (1328); Banquete, Fracción del pan, Asamblea Eucarística (1329); Memorial de la Pasión, Santo Sacrificio, Santa y divina Liturgia (1330); Comunión (1331); Santa Misa (1332).

– Los signos del pan y del vino: 1333-1336.

La respuesta

– «Tomad y comed...»: La comunión: “El Señor nos dirige una invitación urgente a recibirle en el Sacramento de la Eucaristía. «En verdad os digo que si no coméis la carne del Hijo del Hombre y no bebéis su Sangre, no tendréis vida en vosotros»” (1384; cf 1385-1390).

– Frutos de la Comunión: 1391-1401.

El testimonio cristiano

– “«La Eucaristía significa y realiza la comunión de vida con Dios y la unidad del pueblo de Dios por las que la Iglesia es ella misma. En ella se encuentra a la vez la cumbre de la acción, por la que, en Cristo, Dios santifica al mundo, y del culto que en el Espíritu Santo los hombres dan a Cristo por el Padre» (CdR, inst. «*Eucharisticum mysterium*», 6.)” (1325; cf 1355).

Se ha quedado, no porque necesite de nosotros, sino porque nosotros le necesitamos a Él; se nos da como alimento, porque pereceríamos de «hambre» en nuestro peregrinaje; se nos ha entregado en sacrificio, porque la perpetuación del Sacrificio del Calvario actualiza la Redención.

HABLAR CON DIOS (www.hablarcondios.org)

EL SANTÍSIMO CUERPO Y SANGRE DE CRISTO

— Amor y veneración a Jesús Sacramentado

I. *Lauda, Sion, Salvatorem...* Alaba, Sión, al Salvador; alaba al guía y al pastor con himnos y cánticos². Hoy celebramos esta gran Solemnidad en honor del misterio eucarístico. En ella se unen la liturgia y la piedad popular, que no han ahorrado ingenio y belleza para cantar al *Amor de los amores*. Para este día, Santo Tomás compuso esos bellísimos textos de la Misa y del Oficio divino. Hoy debemos dar muchas gracias al Señor por haberse quedado entre nosotros, desagrarle y mostrarle nuestra alegría por tenerlo tan cerca: *Adoro te, devote, latens Deitas...*, te adoro con devoción, Dios escondido..., le diremos hoy muchas veces en la intimidad de nuestro corazón

² Secuencia *Lauda, Sion, Salvatorem*.

En la *Visita al Santísimo* podremos decirle al Señor despacio, con amor: *plagas, sicut Thomas, non intueor...*, no veo las llagas, como las vio Tomás, pero confieso que eres mi Dios; haz que yo crea más y más en Ti, que en Ti espere, que te ame

La fe en la presencia real de Cristo en la Sagrada Eucaristía llevó a la devoción a Jesús Sacramentado también fuera de la Misa. La razón de conservar las Sagradas Especies, en los primeros siglos de la Iglesia, era poder llevar la comunión a los enfermos y a quienes, por confesar su fe, se encontraban en las cárceles en trance de sufrir martirio. Con el paso del tiempo, la fe y el amor de los fieles enriquecieron la devoción pública y privada a la Sagrada Eucaristía. Esta fe llevó a tratar con la máxima reverencia el Cuerpo del Señor y a darle un culto público. De esta veneración tenemos muchos testimonios en los más antiguos documentos de la Iglesia, y dio lugar a la fiesta que hoy celebramos

Nuestro Dios y Señor se encuentra en el Sagrario, allí está Cristo, y allí deben hacerse presentes nuestra adoración y nuestro amor. Esta veneración a Jesús Sacramentado se expresa de muchas maneras: bendición con el Santísimo, procesiones, oración ante Jesús Sacramentado, genuflexiones que son verdaderos actos de fe y de adoración... Entre estas devociones y formas de culto, «merece una mención particular la solemnidad del *Corpus Christi* como acto público tributado a Cristo presente en la Eucaristía (...). La Iglesia y el mundo tienen una gran necesidad del culto eucarístico. Jesús nos espera en este sacramento del Amor. No escatimemos tiempo para ir a encontrarlo en la adoración, en la contemplación llena de fe y abierta a reparar las graves faltas y delitos del mundo. No cese nunca nuestra adoración»³. Especialmente el día de hoy ha de estar lleno de actos de fe y de amor a Jesús sacramentado

Si asistimos a la procesión, acompañando a Jesús, lo haremos como aquel pueblo sencillo que, lleno de alegría, iba detrás del Maestro en los días de su vida en la tierra, manifestándole con naturalidad sus múltiples necesidades y dolencias; también la dicha y el gozo de estar con Él. Si le vemos pasar por la calle, expuesto en la Custodia, le haremos saber desde la intimidad de nuestro corazón lo mucho que representa para nosotros... ***Adoradle con reverencia y con devoción; renovad en su presencia el ofrecimiento sincero de vuestro amor; decidle sin miedo que le queréis; agradecedle esta prueba diaria de misericordia tan llena de ternura, y fomentad el deseo de acercaros a comulgar con confianza. Yo me pasmo ante este misterio de Amor: el Señor busca mi pobre corazón como trono, para no abandonarme si yo no me aparto de Él***⁴. En ese trono de nuestro corazón Jesús está más alegre que en la Custodia más espléndida

— Alimento para la vida eterna

II. *El Señor los alimentó con flor de harina y los sació con miel silvestre*⁵, nos recuerda la *Antífona de entrada* de la Misa

Durante años el Señor alimentó con el maná al pueblo de Israel errante por el desierto. Aquello era imagen y símbolo de la Iglesia peregrina y de cada hombre que va camino de su patria definitiva, el Cielo; aquel alimento del desierto es figura del verdadero alimento, la Sagrada Eucaristía. «Éste es el sacramento de la peregrinación humana (...). Precisamente por esto, la fiesta anual de la Eucaristía que la Iglesia celebra hoy contiene en su liturgia tantas referencias a la peregrinación del pueblo de la Alianza en el desierto »⁶. Moisés recordará con frecuencia a los

³ SAN JUAN PABLO II, Carta *Dominicae Cena*, 24-II -1980, 3.

⁴ SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Es Cristo que pasa*, 161.

⁵ Antífona de entrada. *Sal* 81, 17.

⁶ SAN JUAN PABLO II, *Homilía*, 4-VI-1988.

israelitas estos hechos prodigiosos de Dios con su Pueblo: *No sea que te olvides del Señor tu Dios, que te sacó de Egipto, de la esclavitud...*⁷

Hoy es un día de acción de gracias y de alegría porque el Señor se ha querido quedar con nosotros para alimentarnos, para fortalecernos, para que nunca nos sintamos solos. La Sagrada Eucaristía es el *viático*, el alimento para el largo caminar de la vida hacia la verdadera Vida. Jesús nos acompaña y fortalece aquí en la tierra, que es como una sombra comparada con la realidad que nos espera; y el alimento terreno es una pálida imagen del alimento que recibimos en la Comuni3n. La Sagrada Eucaristía abre nuestro coraz3n a una realidad totalmente nueva⁸.

Aunque celebramos una vez al a3o esta fiesta, en realidad la Iglesia proclama cada d3a esta dichos3sima verdad: l se nos da diariamente como alimento y se queda en nuestros Sagrarios para ser la fortaleza y la esperanza de una vida nueva, sin fin y sin t3rmino. Es un misterio siempre vivo y actual

Se3or, gracias por haberte quedado. Qu hubiera sido de nosotros sin Ti? D3nde íbamos a ir a restaurar fuerzas, a pedir alivio? – Qu f3cil nos haces el camino desde el Sagrario!

— La procesi3n del Corpus Christi

III. Un d3a que Jes3s dejaba ya la ciudad de Jeric3 para proseguir su camino hacia Jerusal3n, pas3 cerca de un ciego que ped3a limosna junto al camino. Y éste, al 3r el ruido de la peque3a comitiva que acompa3aba al Maestro, pregunt3 qué era aquello. Y quienes le rodeaban le contestaron: *Es Jes3s de Nazaret que pasa*⁹.

Si hoy, en tantas ciudades y aldeas donde se tiene esa antiqu3sima costumbre de llevar en procesi3n a Jes3s Sacramentado, alguien preguntara al 3r tambi3n el rumor de las gentes: « qu es? » , « qu ocurre? » , se le podr3a contestar con las mismas palabras que le dijeron a Bartimeo: *es Jes3s de Nazaret que pasa*. Es él mismo, que recorre las calles recibiendo el homenaje de nuestra fe y de nuestro amor. – Es él mismo! Y, como a Bartimeo, tambi3n se nos deber3a encender el coraz3n para gritar: – Jes3s, Hijo de David, ten piedad de m3! Y el Se3or, que pasa bendiciendo y haciendo el bien¹⁰, tendr3 compasi3n de nuestra ceguera y de tantos males como a veces pesan en el alma. Porque la fiesta que hoy celebramos, con una exuberancia de fe y de amor, « quiere romper el silencio misterioso que circunda a la Eucaristía y tributarle un triunfo que sobrepasa el muro de las iglesias para invadir las calles de las ciudades e infundir en toda comunidad humana el sentido y la alegr3a de la presencia de Cristo, silencioso y vivo acompa3ante del hombre peregrino por los senderos del tiempo y de la tierra »¹¹. Y esto nos llena el coraz3n de alegr3a. Es l3gico que los cantos que acompa3en a Jes3s Sacramentado, especialmente este d3a, sean cantos de adoraci3n, de amor, de gozo profundo. *Cantemos al Amor de los amores, cantemos al Se3or; Dios est3 aqu3, venid, adoremos a Cristo Redentor... Pange, lingua, gloriosi... Canta, lengua, el misterio del glorioso Cuerpo de Cristo...*

La procesi3n solemne que se celebra en tantos pueblos y ciudades de tradici3n cristiana es de origen muy antiguo y es expresi3n con la que el pueblo cristiano da testimonio p3blico de su piedad hacia el Sant3simo Sacramento¹². En este d3a el Se3or toma posesi3n de nuestras calles y plazas, que

⁷ Primera lectura. Ciclo A. Cfr. *Dt* 8, 2-3; 14-16.

⁸ Cfr. Evangelio de la Misa. Ciclo C. *Lc* 9, 11-17.

⁹ *Lc* 18, 37.

¹⁰ Cfr. *Hch* 10, 38.

¹¹ PABLO VI, *Homil3a* 11-VIII-1964.

¹² Cfr. J. ABAD y M. GARRIDO, *Iniciaci3n a la liturgia de la Iglesia*, Palabra, Madrid 1988, pp. 656 - 657.

la piedad alfombra en muchos lugares con flores y ramos; para esta fiesta se proyectaron magníficas Custodias, que se hacen más ricas cuanto más cerca de la Forma consagrada están los elementos decorativos. Muchos serán los cristianos que hoy acompañen en procesión al Señor, que sale al paso de los que quieren verle, *haciéndose el enconradizo con los que no le buscan. Jesús aparece así, una vez más, en medio de los suyos: ¿cómo reaccionamos ante esa llamada del Maestro? (...)*

La procesión del Corpus hace presente a Cristo por los pueblos y las ciudades del mundo. Pero esa presencia (...) no debe ser cosa de un día, ruido que se escucha y se olvida. Ese pasar de Jesús nos trae a la memoria que debemos descubrirlo también en nuestro quehacer ordinario. Junto a esa procesión solemne de este jueves, debe estar la procesión callada y sencilla, de la vida corriente de cada cristiano, hombre entre los hombres, pero con la dicha de haber recibido la fe y la misión divina de conducirse de tal modo que renueve el mensaje del Señor en la tierra (...)

Vamos, pues, a pedir al Señor que nos conceda ser almas de Eucaristía, que nuestro trato personal con Él se exprese en alegría, en serenidad, en afán de justicia. Y facilitaremos a los demás la tarea de reconocer a Cristo, contribuiremos a ponerlo en la cumbre de todas las actividades humanas. Se cumplirá la promesa de Jesús: Yo, cuando sea exaltado sobre la tierra, todo lo atraeré hacia mí (Jn 12, 32)¹³.

FLUVIUM (www.fluvium.org)

El Alimento para esa vida eterna

Considerábamos hace poco que Dios nos creó para una vida de relación íntima con las tres personas divinas. Esta vocación es lo verdaderamente propio del hombre, lo que tienen los hombres de peculiar y los caracteriza y eleva sobre el resto de la creación de este mundo.

Conducidos maternalmente por la Iglesia, al paso de las sucesivas celebraciones litúrgicas, vamos reflexionando sobre esta vida, que es sobrenatural, puesto que no está al alcance de nuestras fuerzas naturales. Sentimos insatisfacción por mucho que logremos de este mundo –**nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en Ti**, diría Agustín de Hipona–, pero no vemos cómo lograr esa paz del espíritu, ese descanso en Dios que necesariamente anhelamos.

Como ya recordábamos, san Juan comienza su Evangelio advirtiendo a sus lectores que el Verbo Eterno se hizo hombre y que los hombres que le acogen son hechos hijos de Dios. Esta filiación divina requiere, según explicó el Señor a Nicodemo, un nuevo nacimiento, no a la vida humana sino del Espíritu. El ideal de esta vida en Dios es de hecho, no pocas veces, contrario a un ideal solamente humano. Gran parte de la enseñanza de Jesucristo se centra precisamente en establecer la diferencia entre bienaventurados; es decir, los que logran la vida eterna con Dios o bienaventuranza, y los que son felices sólo según este mundo.

Después de haber predicado el Reino de Dios al que somos llamados los hombres, que no es de este mundo, Jesucristo, como primogénito de los hijos de Dios, muere en redención por los pecados de los hombres. Y al resucitar al tercer día como había anunciado, nos precede como hombre en la vida gloriosa e inmortal para la que Dios nos pensó. Una vida que actúa movida por el Espíritu Santo, según hemos considerado a menudo, y que es una permanente relación de cada uno con las Personas divinas de la Trinidad.

¹³ SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *o. c.*, 156

Hoy deseamos recordarlo de modo expreso, no vayamos a acostumbrarnos a tan excelsa verdad. Y agradecemos la Eucaristía que Jesús prometió, como nos recuerda la liturgia de este día. Dios nos ama ofreciéndonos el alimento que mantiene y desarrolla la vida sobrenatural para la que nos ha elegido. Así se expresó el Señor ante cuantos le escuchaban cierto día en la sinagoga de Cafarnaún. Sólo con ese Alimento de su cuerpo sería posible vivir plenamente de acuerdo con nuestra dignidad: **Si alguno come de este pan vivirá eternamente**. Ese Pan, afirma, **es mi carne para la vida del mundo**.

¿Cómo puede éste darnos a comer su carne?, se preguntaban extrañados los judíos. Pero Jesús, sin entrar en explicaciones, no sólo reafirma lo que habían escuchado, sino que asegura que alimentarnos de su Cuerpo y Sangre es la única opción adecuada a nuestra condición: **En verdad, en verdad os digo que si no coméis la carne del Hijo del Hombre y no bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros**. Sin la Eucaristía, aunque parezca que llevamos una existencia saludable y hasta muy dichosa en ocasiones, no sería, sin embargo, nuestra vida realmente plena, aquella para la que nos hizo Dios capaces, y a la que nos invita Cristo con su venida al mundo. Éste en su Evangelio, la noticia definitiva que nos debía transmitir y por la que se hizo hombre: **El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él. Como el Padre que me envió vive y yo vivo por el Padre, así, aquel que me come vivirá por mí**.

Las palabras de Jesús no admiten otra interpretación: alimentándonos de Él llevamos una vida divina. Una vida que se asemeja más a la del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, que a la de las otras criaturas que vemos junto a nosotros en este mundo. Sin hacernos dioses, lo cual sería contradictorio, Dios nos ofrece su misma vida, y por eso somos relevantes para Él. Se comprende así la alegría de María, que se siente la más dichosa de las criaturas, pues el Creador puso los ojos en Ella. Queramos considerar y valorar adecuadamente el hecho de que merecemos la atención de Dios a toda hora. ¿Procuramos ser agradecidos, conscientes de que Dios está siempre con nosotros, y más aún que a nuestro lado?: **en El vivimos, nos movemos y existimos**, afirma san Pablo.

En la solemnidad del Corpus Christi celebramos además su presencia en el sacramento de la Eucaristía. Oculto en nuestros sagrarios se reserva como alimento de nuestra vida sobrenatural, como verdadera energía espiritual para el alma. Por ella –sin ella no– alcanzamos la vida abundante que Cristo nos ha ganado.

Como niños que deben desarrollarse, deseamos alimentarnos con hambre de ese manjar celestial que nos diviniza y fortalece. Y con esa sencillez, que es propia de los pequeños, insistimos sin miedo: **Yo quisiera Señor recibiros con aquella pureza, humildad y devoción, con que os recibió vuestra Santísima Madre, con el espíritu y fervor de los santos**.

La Vida que nos corresponde

Celebramos hoy a Jesucristo ofrecido en alimento de nuestra vida sobrenatural. Los judíos no podían creer lo que oían: **¿Cómo puede éste darnos a comer su carne?**, protestaban a Jesús. Hacía falta tener una fe como la de Pedro para aceptar de Cristo esa capacidad de donación. Sin embargo, su amor completo y hasta el fin, como explicará san Juan, le lleva siendo Dios, no sólo a dar su vida en redención por el mundo, sino también a anticipar sacramentalmente el sacrificio de su cuerpo y su sangre, dejándolo para el cristiano como tesoro de vida eterna hasta el final de los tiempos.

De diversos modos, había ya revelado Jesús que la vida del hombre debe ser más que una vida humana, que no nos basta con continuar como antes de su venida al mundo, por perfecta que pudiera llegar a ser esa existencia nuestra. Según expone san Juan al comienzo de su Evangelio, la

vida del hombre logra un profundo incremento con la Encarnación del Hijo. **Vino a los suyos – explica–, y los suyos no le recibieron. Pero a cuantos le recibieron les dio la potestad de ser hijos de Dios, a los que creen en su nombre, que no han nacido de la sangre, ni de la voluntad de la carne, ni del querer del hombre, sino de Dios.**

Es, pues, otra vida –la de hijos de Dios–, distinta de la meramente humana que es fruto de la generación de la carne. Ésta, la natural y más notoria, tiene un origen y unos fines terrenos. Es la que contemplamos en nosotros mismos y en muchos a los que vemos nacer y morir en la historia; y, entretanto, influidos por el ambiente e influyendo en él, sus días se suceden mientras procuran –y procuramos– bienestar, paz, alegría, el goce de los apetitos, etc.; lo que para muchos sería el ideal de una vida feliz: en paz y armonía con los demás y disfrutando de cuanto puede ofrecer este mundo. Se trata, evidentemente, de algo muy distinto –de otro orden– a la vida, que no es según la carne, a la que se refiere san Juan. La vida que no nace de la voluntad de la carne, ni del querer del hombre, sino de Dios, es para los hombres la gran novedad desde Jesucristo. Con su venida, y a partir, concretamente, de su muerte y resurrección gloriosa, se nos muestra en misterio pero con neta firmeza, el sentido de la vida humana según el Creador.

Ha querido Dios, por Jesucristo, que seamos hijos suyos, que vivamos vida divina y que, a partir de la meramente humana, siendo racional, logremos el desarrollo pleno –espiritual y sobrenatural– que es nuestro destino según su plan creador. Por eso Jesús se refiere frecuentemente a otra vida distinta y más excelente: **Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia.** Esa vida abundante que, por querer de Dios nos corresponde, no la lograríamos, por consiguiente, mediante el despliegue exuberante de nuestros talentos, por grandiosos que fueran, sin contar con Jesucristo. De hecho, la más gozosa de las vidas de este mundo es nada ante la vida para la que hemos sido creados.

Nos corresponde una existencia sobrenatural, trascendente, pero requiere, de modo necesario, una decisiva intervención divina, que debe ser correspondida por parte del hombre. Jesús, en su diálogo con Nicodemo –que recoge asimismo san Juan–, le explica: **en verdad te digo que si uno no nace de lo alto no puede ver el Reino de Dios.** Pero Nicodemo no entiende; no puede dejar de pensar en la vida meramente humana, y pregunta a Jesús si acaso hay que volver a nacer de nuevo de la propia madre. A lo que Jesús responde: **en verdad te digo que si uno no nace del agua y del Espíritu no puede entrar en el Reino de Dios. Lo nacido de la carne, carne es; y lo nacido del Espíritu, espíritu es. No te sorprendas de que te haya dicho que debéis nacer de nuevo.**

El bautismo, ya lo hemos considerado en otras ocasiones, es el nacimiento a la vida de la Gracia, nuestro nacimiento como hijos de Dios, destinados desde ese momento a una Vida Eterna de intimidad con el Padre, con el Hijo, y con el Espíritu Santo. Una vida que alcanza su desarrollo propio únicamente alimentada con el mismo Dios: **si no coméis la carne del Hijo del Hombre y no bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo le resucitaré en el último día. Porque mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él. Igual que el Padre que me envió vive y yo vivo por el Padre, así, aquel que me come vivirá por mí.**

Siempre deberíamos tener ante nosotros estas palabras. Le pedimos a Nuestra Madre del Cielo que iluminen e impulsen nuestro caminar para que sea ante todo viaje hasta el Reino de Nuestro Padre.

**Mons. Agustí CORTÉS i Soriano Obispo de Sant Feliu de Llobregat (Barcelona, España)
(www.evangelinet.net)**

«Yo soy el pan vivo, bajado del cielo. Si uno come de este pan, vivirá para siempre»

Hoy, todo el mensaje que hemos de escuchar y vivir está contenido en “el pan”. El capítulo sexto del Evangelio según san Juan refiere el milagro de la multiplicación de los panes, seguido de un gran discurso de Jesús, uno de cuyos fragmentos escuchamos hoy. Nos interesa mucho entenderle, no sólo para vivir la fiesta del “Corpus” y el sacramento de la Eucaristía, sino también para comprender uno de los mensajes centrales de su Evangelio.

Hay multitudes hambrientas que necesitan pan. Hay toda una humanidad abocada a la muerte y al vacío, carente de esperanza, que necesita a Jesucristo. Hay un Pueblo de Dios creyente y caminante que necesita encontrarle visiblemente para seguir viviendo de Él y alcanzar la vida. Tres clases de hambre y tres experiencias de saciedad, que corresponden a tres formas de pan: el pan material, el pan que es la persona de Jesucristo y el pan eucarístico.

Sabemos que el pan más importante es Jesucristo. Sin Él no podemos vivir de ninguna manera: «Separados de mí no podéis hacer nada» (Jn 15,5). Pero Él mismo quiso dar de comer al hambriento y, además, hizo de ello un imperativo evangélico fundamental. Seguramente pensaba que era una buena manera de revelar y verificar el amor de Dios que salva. Pero también quiso hacerse accesible a nosotros en forma de pan, para que, quienes aún caminamos en la historia, permanezcamos en ese amor y alcancemos así la vida.

Quería ante todo enseñarnos que hemos de buscarle y vivir de Él; quiso demostrar su amor dando de comer al hambriento, ofreciéndose asiduamente en la Eucaristía: «El que coma este pan vivirá para siempre» (Jn 6,58). San Agustín comentaba este Evangelio con frases atrevidas y plásticas: «Cuando se come a Cristo, se come la vida (...). Si, pues, os separáis hasta el punto de no tomar el Cuerpo ni la Sangre del Señor, es de temer que muráis».
